

*Presentación del libro:
El espectáculo de la corte maya tardía.
Mary Miller y Claudia Brittenham*

24 de octubre de 2013, MNA

Me gustó mucho la manera como Mary Miller describe al comienzo del libro, la respuesta que obtuvo de parte de la artista, arqueóloga, epigrafista rusa Tatiana Proskouriakoff al realizar los primeros acercamientos para iniciar su tesis en 1981 sobre Bonampak, "Ay no trabajes Bonampak" como si todo lo que pudiera decirse sobre este sitio ya estuviera dicho y nada nuevo lograra pensarse ya.

Buena sorpresa se llevaría la gran estudiosa rusa si viera qué tan lejos se ha llegado en el estudio de este lugar de los muros pintados. Mary Miller y Claudia Brittenham nos han dado una muestra de ello con este libro que sin lugar a dudas expone un gran trabajo de documentación en imágenes que parece que nunca son suficientes.

El libro que hoy nos ocupa tiene una hermosa factura, magnífico papel, buen diseño y sin duda unas espléndidas fotografías, tanto actuales como antiguas que permiten ver lo que el ojo no puede captar.

Las imágenes de Bonampak han inspirado un trabajo minucioso por parte de las autoras y no he podido abstraerme de pensar que tal vez estemos viendo una nueva forma de hacer historia del arte a través de la vívida reconstrucción de una corte real en todos los sentidos, animada por las historias que las autoras han derivado de las simples imágenes y bordando sus textos con la presencia y la ausencia de las cápsulas glíficas que hay en estos muros.

Es notable el trabajo que han hecho de comparación con otros medios y otros sitios de la tradición artística maya, sobre todo con Yaxchilán. Por ejemplo en la página 59 en donde es contundente la vinculación entre la forma de dibujar la mano en Bonampak y esculpirla en el dintel 53 de Yaxchilán. Es necesario un conocimiento extenso, un ojo agudo y educado para encontrar estas sutiles semejanzas que pasarían desapercibidas para cualquiera y que ellas han puesto de manifiesto con su publicación. Volveré más tarde sobre este punto que me parece digno de destacarse.

Las autoras hacen reflexiones de una gran actualidad, casi filosóficas sobre el papel que el tiempo juega en las imágenes y la participación del espectador en la activación de las pinturas –tal como sucede con las de cualquier tiempo o espacio- con tino marcan lo que es evidente, pero no siempre explícito. Como en un álbum de fotos esos personajes están ahí en ese rincón de la selva lacandona en una actividad congelada desde el siglo VIII y que entra en movimiento cada vez que alguien asoma por las pequeñas puertas que dan acceso a sus tres cámaras pintadas y bien lo expresan cuando dicen que las plumas giran y los cuerpos entran en movimiento. A la Dra. De la Fuente, a Leti Staines y a mi nos gustaba pensar en cómo se oírían las trompetas, las maracas, la ocarina del cuarto 1 y cómo sería el momento del desfile, del paseo de esos atavíos gloriosos que encandilan y encantan, que seducen al ojo y al pensamiento.

Es evidente el conocimiento que las autoras tienen sobre la cultura maya, sobre sus fuentes y sobre sus manifestaciones plásticas, y cómo eso les permite reconstruir una posible entrega de tributos en el cuarto 1, la animada conversación sostenida por los personajes que nos reciben al ingreso y que bien pudiera remitirnos a un tiempo sin espacio, al Palacio Nacional en donde los gobernadores estarían platicando del tributo que vinieron a rendir al Presidente de la República o en los patios de un palacio renacentista esperando ser recibidos por el duque veneciano, después de traer el tributo del gran otomano. Rescatar al ser humano más allá del tiempo y del espacio es uno de los aciertos innegables de este libro.

También es evidente que su conocimiento de la historia maya enriquece sustancialmente el contenido del libro. Sus reflexiones en torno al arte del Clásico tardío presagiando el fin de una era es muy claro y la forma como ellas interpretan los cambios en la imaginaria del Clásico tardío, entre lo que sucedía en el siglo VII y VIII, con relación a la figura central del gobernante, que al paso del tiempo se ve desplazada, me parece simplemente magnífica. Es en este ojo observador y agudo en donde yo encuentro el mayor acierto del libro. La propuesta de que los cambios sociales y la experimentación visual van de la mano, es la visión de dos historiadoras del arte plenas y cabales.

En donde a mi parecer está su mayor contribución es en la parte final del libro en donde hacen gala de eso que mencionaba antes, el conocimiento extenso que capacita analizar la figura descomponiéndola en sus partes y armar con ello un discurso integrador de la cultura maya y de sus manifestaciones artísticas. Sus viajes comparativos entre Piedras Negras y Bonampak, así como con otros sitios de la cuenca del Usumacinta, son sin lugar a dudas una gran aportación. Su propuesta de que el arte producido en sitios de menor importancia en la zona fue usado como un medio de integración política me parece totalmente acertada y novedosa.

Para ellas Bonampak actuó muchas veces como dique de contención para las luchas entre los grandes centros de poder de la zona y que pudo por ello conservar cierto grado de independencia. También es muy sugerente su opinión sobre el papel desempeñado por las mujeres de las diferentes cortes como promotoras de estilos artísticos que llegaron con

ellas. Como ya lo he reiterado, solo el conocimiento muy amplio de la cultura y del arte maya pueden permitirles ideas tan novedosas como estas.

En lo personal encontré verdaderamente magistral su presentación de las vinculaciones entre los diversos sitios de la cuenca del Usumacinta durante el siglo VIII y su aguda observación del título conservado por los gobernantes de Bonampak como k'uhul ajaw, en vez del más común sajal que sin lugar a dudas le dan a su señor una categoría especial. Aunque ninguna gloria es permanente y tal como lo señalan en el libro, los murales fueron la última gran obra de arte del sitio que poco tiempo después fue abandonado. Tal vez por ello o por conveniencias políticas las cápsulas de glifos nunca fueron escritas.

De acuerdo con diversas investigaciones presentadas por las autoras, hacia el 815 la Cuenca del Usumacinta se quedó silente, como contraste con algunos sitios del Petén que como Tikal continuaron activos. La última muestra de ese pasado glorioso es una estela comentada por las autoras, de la cual no se tiene procedencia y que fue fechada en el 864.

Su análisis de la evolución y cambio del estilo artístico, derivado del siglo VIII, se hace patente en la arquitectura de los lugares de la península de Yucatán en donde surgirán los nuevos sitios de poder y para este relato de nuevo la mente de las historiadoras del arte surge radiante. Las similitudes arquitectónicas de los edificios de la zona Puuc y aquel de Bonampak, así como en la temática de sus pinturas: la vida cortesana con bailes, tronos, danzas y guerra.

Los nuevos esquemas de composición que empiezan a mezclar también las tradiciones procedentes del centro de México y se destacan por encontrar más que las divergencias evidentes entre Bonampak y Chichén Itzá, aquello que está velado y que hacen evidente a través de su análisis.

Bonampak según la opinión de las autoras empieza el presagio de la ausencia de las figuras destacadas de los gobernantes – en este caso los de Bonampak y de Yaxchilán- en los murales y que de acuerdo con su interpretación, ya anticipaba que el papel de los mismos en los siglos por venir iba a ser diferente, que los jóvenes y los nobles de menor rango han pasado a ocupar el vacío dejado por los gobernantes monolíticos de las estelas de eras pasadas.

Estas y otras reflexiones van dejando como resultado de su análisis del proceso social y político que llevó al norte de la zona maya la nueva era de poder establecida y enuncian por ejemplo que en Chichén Itzá el paisaje circundante también se convertirá en protagonista de la pintura, y así como descubren los hilos remanentes en este nuevo tejido heredados de Bonampak, también destacan cómo estos nuevos pintores se adaptaron a nuevas circunstancias políticas y una nueva disposición de la arquitectura.

Sus conclusiones son claras y contundentes, un buen final para un libro notable que cierra con un magnífico catálogo de imágenes que se suman a otras más de tiempos remotos y cercanos.

Decía el poeta que no hay camino, que se hace camino al andar y así ha sido la historia de las publicaciones de Bonampak, las de aventuras como la de Enrique Franco Torrijos, pasando por las académicas de Proskouriakoff y Ruppert, o las de Mary Miller y desde luego –como no habría de hablar de ellos- los libros publicados por el proyecto de la pintura mural prehispánica en México en 1998. Algunas de las ideas expresadas en este libro fueron comentadas con sus autoras por ejemplo el uso del espejo en el cuarto 1 o el sangrado del pene en el cuarto 3 y ellas les dieron un nuevo giro de tuerca en esta publicación¹.

Como académica mexicana doy la bienvenida a este trabajo de colaboración entre grandes instituciones preocupadas por la conservación del patrimonio de la humanidad, ojalá que en el futuro las publicaciones mexicanas tengan la misma cálida recepción en Estados Unidos, como la que le dispensamos hoy a este magnífico libro de mis queridas amigas Mary Ellen Miller y Claudia Brittenham.

Dra. María Teresa Uriarte

Coordinadora de Difusión Cultural, UNAM

Directora del proyecto La pintura mural prehispánica en México

¹ Uriarte, María Teresa. El juego de las realidades: análisis de los atavíos en Bonampak, en: *La pintura mural prehispánica en México*, Vol. II, Área Maya, Bonampak, Tomo II, Estudios, México, 1998, UNAM, pp. 203 y 208; y Uriarte, María Teresa. *El ritual en el mundo maya: De lo privado a lo público*, editores Andrés Ciudad Ruiz, Ma. Josefa Iglesias y Miguel Soroche, Madrid, 2010, Sociedad Española de Estudios Mayas, p. 309.